

*Inés,
Condesa Organdi*

JAVIER URBIETA



mundopolabras

A. J. G. G. G.

Registrado en la Propiedad Intelectual. Reservados todos los derechos.

Para ti

INDICE	Capítulos	Página	
_____		5	I.—
_____		10	II.—
_____		45	III.
_____		78	IV.
_____		81	V.
_____		97	VI.
_____		104	VII.
_____		132	VIII.
_____		156	IX.
_____		170	X.
_____		187	XI.
_____		198	XII.
_____		215	XIII.
_____		237	XIV.
_____		259	XV.
_____		271	XVI.
_____		284	XVII.
_____		292	XVIII.
_____			Epílogo
_____	300		

Inés, Condesa Organdi Capítulo I —Gonzalo Sforza

Esta es una historia verdadera, como verdadero es, lo por Dios imaginado, siempre que a ello no se oponga el estamento prelado.

El día en el que el mono Krug comprendió la claridad, nació el primer dios de los homínidos.

Muchos milenios después, Gonzalo Sforza era un humano con impecable negra sotana y clerical faja carmesí, que aquel 17 de septiembre de 2017, salía del Vaticano, tras su entrevista con el jefe del archivo secreto.

El día anterior, el jefe de seguridad vaticana, había entregado al cardenal el informe que sobre su colaborador y protegido, llevaba varios meses realizando a instancias de aquel.

El motivo para elaborar el antedicho informe fue, en un principio rutinario, de la misma forma que se elaboraban otros sobre todos los estudiosos que tenían acceso autorizado a los innumerables secretos, que guarda el impresionante archivo vaticano.

Pero en el caso presente, Sforza había ido más allá, de lo que se le había autorizado, saltó una alarma, se comunicó ésta y se urgió un informe que ahora estaba sobre la mesa del cardenal.

La reunión fue dura y en estos términos: — Buenos días eminencia.

—Ni te sientes Sforza —contestó muy serio el cardenal —, has vulnerado mi autorización y estás despedido de este servicio. —Pero eminencia...

—Te previne de los términos exactos de mi autorización, para estudiar la correspondencia del Papa Pío XII, y tú has abusado de mi confianza y has realizado fotografías, para cuya realización no estabas autorizado.

—Las hice para enseñárselas a su eminencia. —Por supuesto que sí, y las tendrás todas en tu móvil ¿verdad? — No, las he descargado en mi PC y borrado del móvil.

—Naturalmente, y así yo nunca sabré el número de ellas ni el uso que les vas a dar. — Están a su disposición.

—¡Cállate! Sal de este despacho, sal de la basílica inmediatamente y vete a tu casa y no te muevas hasta que yo te lo ordene.

Gonzalo Sforza agachó la cabeza simulando acatamiento, cosa que estaba lejos de sentir y muy lejos de realizar.

En realidad, las numerosas fotografías que había hecho no eran más que una cortina de humo para ocultar la verdadera acción que había llevado a cabo, y las palabras del cardenal demostraban, que no sabía nada de esa acción, lo

que tampoco significaba que no llegara a, por lo menos, sospecharlo, si analizaban con mucho detenimiento, los movimientos que había ido realizando en el archivo durante las últimas semanas.

Pablo VI, había encargado a cuatro jesuitas que estudiaran lo que pudiera haber de correspondencia entre Pío XII y Hitler, y estos informaron que no había nada. Era un asunto, que había creado controversia en el mundo clerical y aún más fuera de él, pues el informe de los jesuitas se consideraba sesgado e incompleta la información facilitada por ellos, ya que la negación rotunda de la existencia de esa supuesta correspondencia era rebatida por cualificados estudiosos del asunto.

Con esa excusa, Sforza pidió permiso al cardenal para investigar el asunto, siendo su verdadero objetivo lo que al respecto pudiera haber sobre un monumental robo al obispo de Lieja en el siglo XVII, que al decir de los poquísimos que sabían algo sobre ese asunto, su montante podría elevarse a unos cinco millones de ducados en oro, más un arcón de piedras preciosas, lo que representaría hoy, considerado el valor y el poder del dinero, en aquella y en esta época, varios cientos de millones de euros.

Sforza realizó su trabajo con sumo cuidado. Sabía dónde estaban las cámaras de observación en la sala donde trabajó.

Había encontrado lo que buscaba, una carpeta forrada en terciopelo color borgoña, con una decena de hojas amarillentas manuscritas por el capitán de tercio Pedro Colmenero, dirigidas a Fernando de Austria, el llamado cardenal infante, con las que le daba detallada cuenta de las peripecias acaecidas en la acción sustractora, le comunicaba que el tesoro estaba en lugar especial y de difícil descubrimiento y que aguardaba instrucciones.

El documento estaba firmado por el capitán Colmenero y éste concluía diciendo:

“El capitán Pedro Colmenero, el sargento Salazar, los soldados Tristán Corostola, Bieto Louriño y madame Doriane de la Fayole, a las órdenes de su excelencia, por el rey y contra Olivares”. Le sorprendió y le interesó mucho esa expresión “contra Olivares”, el conde—duque sin duda, pues era un aspecto inédito.

Hubo otra cosa del documento que también llamó su atención y esa cosa era el apellido Corostola.

¿Dónde había leído ese apellido? ¿Por qué le resultaba tan familiar?

No lo supo en ese momento y aunque leyó cinco veces más el documento, no halló la respuesta a su sensación de haber reconocido un nombre, pero sin poderlo ubicar o relacionar con alguna otra cosa conocida.

Para hacerse con una fotografía de estos documentos, Sforza simulaba que fotografiaba la supuesta correspondencia de Pio XII con Hitler, colocando cada hoja de Colmenero sobre una de otro asunto y devolviéndolas luego todas ellas a su lugar de origen, inclinándose mucho sobre la mesa, haciéndolo en un ángulo de la sala, en la que solo podía ser filmado por una cámara a la que ofrecía solo su espalda.

Sforza tenía treinta años, era muy ambicioso, creía que aquellos documentos podrían servirle para un rápido ascenso en la jerarquía vaticana y una vez conseguidos, debía contarle una historia al cardenal que le satisficiera y...a otro asunto.

Pero la súbita reacción del cardenal confinándolo en su residencia, trastocaba sus planes, por lo que decidió ignorarla y actuar.

Salió de la basílica de San Pedro, volvió a entrar por otra puerta y conocedor de las costumbres del cardenal, que cenaba sobre las nueve y se acostaba para las diez, aguardó en las inmediaciones de sus aposentos, confiando en que su víctima no hubiese alertado aún a la monja que lo atendía, y ésta no le impidiera el paso a las dependencias

privadas del cardenal, a las que pretendía acceder pasadas las diez y pretextando, ante aquella, un asunto de suma urgencia.

No tuvo problemas, se introdujo en el dormitorio del cardenal y lo asesinó ahogándolo con la almohada.

El cadáver fue hallado a la mañana siguiente por la monja que lo cuidaba, se determinó por el médico que la causa de la muerte había sido un paro cardíaco, el cardenal no había dado ninguna orden sobre Sforza y todos apreciaron su inmenso dolor por la súbita muerte de su protector, y no se extrañaron ni pusieron reparos a que se ocupara de los asuntos de éste, mientras se producía el relevo.

El jefe de seguridad tampoco había recibido aún ninguna orden sobre Sforza y éste pudo campar libremente por sus respetos.

Capítulo II —Inés

La historia del increíble robo al obispo de Lieja comienza en Madrid el 21 de junio de 1615, con el nacimiento de Inés, futura condesa de Organdi.

Fue una niña regordeta de ojos castaños, que no hacía presagiar a la espléndida muchacha en la que se convirtió pasados los años, la que cumplidos los dieciocho hacía suspirar a los pisaverdes de la corte de Felipe IV.

Nació en el palacio de su padre Don Froilán de Villaescusa, marqués de Forcada, casado con Margarita Viñuesa condesa de Organdi, ambos sumamente píos, la segunda por educación y convicción impuesta, y el primero porque un marqués había de serlo al menos en apariencia, aunque verdaderamente fuese un crápula.

El palacio estaba situado en la calle San Vicente de Madrid, llamada de los Siete Jardines.

Inés recibió la educación que podía esperarse de unos padres como los suyos, y fue una niña obediente y cumplidora de las obligaciones que imponía la santa madre iglesia, pero con quince años, comenzó a darse cuenta de que había cosas que no le cuadraban, que no entendía, que

sentía que le habían explicado mal porque no se adecuaban a lo que ella veía y vivía.

Por esa época sorprendió por primera vez, a su padre fornicando con la criada Josefina en un cuarto adyacente a la cocina, y afortunadamente para ella, los ejecutantes del fornicio no la vieron.

Pocos días más tarde, tuvo otra visión sexual, al contemplar al mozo de caballerías, en una esquina del gran jardín de la casa, con los calzones a la altura de las rodillas, agarrado con su brazo izquierdo a un guindo, mientras que con la su mano derecha hacía cosas con esa cosa que deben de tener los hombres, y que ella no sabía cómo era y haciendo unos gestos que no comprendió, pero que asoció con los suyos en la cama cuando sentía unos ardores cuya causa desconocía, que le provocaban una mezcla de placer y miedo, sobre todo cuando jugueteaba con su sexo.

Para su fortuna, el día que cumplió diecinueve años conoció a Doña Eulalia Cavalcanti que, a diferencia de sus homónimas santas y antes vírgenes y mártires, era mujer rodada, de cuarenta años muy bien llevados, culta, sabia y sabedora de artes de medicina, ungüentos, bebedizos y otros conoceres, que tenía un amigo común con su madre Margarita, que se la presentó el día que acudió a su casa a visitarla, dos meses después de haber arribado a la Villa y Corte.

Pese al poco tiempo que llevaba viviendo en Madrid, ya se decía de ella que era una viuda muy rica, cosa que no era cierta, pero que ella no desmentía e incluso alentaba.

Las damas de la corte hablaban de ella en susurros, atribuyéndole aventuras y saberes a cuál más extravagante y misterioso. Ella daba pábulo a esas comidillas, pues le interesaba y era su intención establecerse definitivamente en Madrid y ganarse la vida con sus artes, para lo cual necesitaba que esas damas requirieran sus servicios que, por secretos e íntimos, facilitaban la expansión de la leyenda de la que hasta el vulgo la empezaba a hacer protagonista.

Inés quedó admirada de la italiana y ésta manifestó desde el primer momento una singular querencia hacia la joven, de forma que, a los pocos días de conocerla, fue invitada al caserón en el que habitaba, estas visitas se convirtieron en asiduas y floreció entre ellas una fortísima relación de amistad. Propiciadas por esa amistad, nacieron prontamente las preguntas de la joven y las respuestas de la madura.

La mente de Inés se abría a un mundo no esperado, además de desconocido y sus primeras dudas se materializaron en preguntas a las que Eulalia respondía con conocimiento, precisión y calor y las conversaciones entre ellas, y solo entre ellas, tenían el sabor de lo fresco por nuevo y diferente.

Eulalia, viuda del Comendatore Humberto Castelnuovo, no había tenido hijos y consideraba a Inés como a alguien a su altura intelectual, pese a su edad, alguien a quien amar, alguien a quien enseñar y alguien con quien compartir. Percibió también desde sus primeras conversaciones, la rapidez mental de su joven amiga, su ansia de conocimiento veraz y sobre todo las apetencias de su corazón y los ardores de su sexo.

La fue instruyendo con cariño y sapiencia e Inés, maravillada, iba comprendiendo las razones de tantas prohibiciones, tantos miedos y tantas mentiras, abriéndose a un mundo en el que había hombres a los que deseaba sin miedo, hombres a los que deseaba conocer y deseaba tocar. Aún no había sentido el amor y aunque Eulalia le hablaba de él, no podía comprenderlo, pero sentía que se aproximaba a él, por la vía del deseo que a sus casi veinte años era poco menos que irrefrenable.

Eulalia contenía esos impulsos, ambas asistían cada domingo y fiesta de guardar a misa en los Jerónimos, no haciendo alardes de piedad, pero siendo consideradas buenas cristianas y mujeres honestas, cumplidoras de las leyes de dios, de un dios del que hablaban con respeto intelec-

tual, pero sin tabúes ni miedos, al tiempo que criticaban y se reían de sus siervos consagrados y de las beatas impenitentes.

Asimismo, practicaban obras de caridad, Eulalia algunas, pero muy públicas y publicitadas y en mayor número Inés que sin alharacas ni ostentaciones, todos los jueves junto a su madre estaba en la puerta que de la cocina de su palacio daba al huerto, al que en esos días a las doce del mediodía se dejaba entrar a los menesterosos a quienes se entregaba comida y unas monedas, acción ésta por la que eran consideradas mujeres santas y bondadosas que Dios premiaría ciento por uno.

Un día de septiembre de 1634, vieron que el oficiante de la misa dominical a la que asistían. era nuevo en la plaza, de ademanes armoniosos, y al volverse y decir *ite missa est*, pudieron apreciar su juventud, su galanura y buena presencia.

Mujeres, al fin y al cabo, finalizada la misa, se acercaron al sacerdote para saludarle y darle la bienvenida, según sus propias palabras y para, según sus primeros sentimientos, comprobar si en la distancia corta el ministro de dios ganaba o perdía enteros.

El cura que se llamaba Carlos Berganza estuvo muy amable y complacido con la bienvenida de la media docena de damas que se arremolinaron en su derredor, y prometió visitarlas y cumplimentarlas en sus domicilios en los próximos días.

Y en la visita a Eulalia, se encontró también con Inés que se mostró ante él particularmente desenfadada, simpática y ocurrente, con unas ocurrencias que dejaron perplejo al curita, a la vez que admirado y deseoso de volver a verla, cosa que ocurrió a los tres días, con el oportuno recado que de Eulalia recibió para que le asesorara sobre un códice, que recientemente había adquirido de un médico que se llamaba Averroes que decía, fingió escandalizarse ante

el sacerdote, unas cosas sobre las mujeres que consideraba requerían su docta opinión eclesiástica.

Las dos mujeres habían hablado varias horas, en el breve plazo de tres días, de aquel guapo cura e Inés fantaseaba con él, diciéndole a Eulalia que cómo sería un beso suyo y aún más, cómo habría de ser lo que suponía la maravilla de ser acariciada por él. La joven se exaltaba en sus ensueños y sus deseos se desbocaban sin freno.

Como la excusa había sido Averroes, Eulalia, como quien no quiere la cosa y haciéndose un poco la tonta, preguntó al cura:

—Padre Carlos —dijo Eulalia —¿qué cree usted que quiso decir Averroes al afirmar que “la mujer no es más que el hombre imperfecto”?

—Pues no tengo ni idea —se sinceró el padre de aquella ignorancia —de Averroes solo sé que fue un moro cordobés del siglo XII, de quien no he leído ni una línea.

—Pues esto que dice de nosotras no es nada simpático.

—Bueno, yo como sacerdote solo tengo una experiencia muy limitada del sexo femenino, y la mayoría de las cosas que sé, las he conocido en el confesonario.

—Pues disculpará usted que nosotras no vayamos a confesarle nuestros pecados, sería embarazoso hacerlo con un sacerdote joven y tan guapo —sonrió Eulalia.

—Pues no veo por qué —dijo Carlos con convicción — un ministro de Dios se limita en ese sacramento a oír y absolver cuando el fiel manifiesta contrición.

—Pues yo tampoco —señaló Inés —conocía a ese médico que por lo que dice Doña Eulalia era muy sabio, aunque tuviese curiosas opiniones sobre las mujeres, pero en relación con esto, sí conozco a Santo Tomás de Aquino quien escribió “como individuo la mujer es un ser endeble y defectuoso” que tampoco está mal, aunque quizá también el benedictino nos conociera solo por las confesiones. — Eso no puede ser cierto señora mía, ese santo varón no pudo decir una cosa como esa, aunque cierto es, que las mujeres

son endeble físicamente y de raciocinio algo lento y alborotado.

—Muy bien padre —declaró Inés —tendré que ponerme en sus manos para fortalecer mi cuerpo, tener rapidez de pensamiento y apaciguar mi alma, ¿sería su paternidad tan amable de indicarme el camino?

—Con mucho gusto lo haré —dijo el cura sin medir el alcance de su aserto.

Tras una animada charla de más de dos horas, en el transcurso de las cuales Carlos, a instancia de Eulalia, se tomó tres tazas de chocolate, se despidieron prometiendo ir Inés a visitar al sacerdote para que la instruyera en materias santas, aunque el concepto de santidad era diametralmente opuesto para ambos en ese día, pues el cura entendía la santidad "stricto sensu" e Inés consideraba la santidad como llegada al paraíso, no necesariamente divino, sino también terrenal y por ello carnal.

Y ocurrió.

Pasados dos días, que Inés consideró suficientes para no parecer apremiada, se presentó sin previo aviso, en la sacristía de la iglesia de los Jerónimos, abrió una puerta y vio a Carlos, desnudo el torso, con unos ajustados pantalones negros y lavándose las axilas ante una palangana.

Inés sintió una sacudida emocional, Carlos se quedó paralizado, ella avanzó hacia él muy despacio y puso sus dos manos en su pecho, luego le besó suavemente en el cuello, y él reaccionó cerrando con llave la puerta.

Sobre una mesa, en la que había una casulla verde, Carlos Berganza embistió a una Inés que lo recibió con ansia. Inés descubrió qué era eso de perder la virginidad, la mezcla inexplicable de dolor y placer desconocido en la carne y en la mente, el arrebató continuado, la locura del goce total.

Carlos se vistió con presteza y atropello dando la espalda a Inés, azorado, nervioso y ésta con calma no medida, tranquila, cual veterana de lance, maravillada y sonriente.

Se despidió del sacerdote, sin dejar de sonreír y éste no consiguió articular palabra.

Eulalia, tras oír a Inés, que había acudido a su casa inmediatamente después del encuentro con el sacerdote, la abrazó, luego se sentó frente a ella con el semblante serio.

—Hija mía, sé que no se te oculta lo problemático de este asunto y por eso creo que debemos hablar de él.

—Yo también lo creo y sé también que voy a necesitar tu ayuda, pues no te ocultaré que estoy asombrada y confusa respecto de lo que pueda pasar

—Y no es para menos niña mía, has conseguido perder la virginidad, has sangrado y con dolor, has gozado como una loca, y todo ello con un sacerdote, muy guapo, pero sacerdote y eso es un problema.

—Sí, supongo que sí, aunque no creo que más que si me hubiera entregado a otro.

—Créeme que bastante más —afirmó seriamente Eulalia.

—Querida amiga, yo he satisfecho mi deseo, mi sexo arde desde hace tiempo y aunque comprendo tus temores, que también son los míos y aunque ha ocurrido antes de lo que hubiera podido prever, he consentido en que suceda con él, pues me ha parecido una magnífica oportunidad, ya que él ha de tener tanto interés o más que yo en que todo sea secreto —razonó Inés con mucha calma.

—Ahora la asombrada soy yo, —dijo Eulalia — ¿acaso lo habías preparado?, ¿qué significa eso de que has consentido?, ¿no me acabas de decir que tú has ido a él?

—No, no lo había preparado, es decir, no así. Sentí un impulso imparable y me lancé a él como loca, luego al terminar, he pensado que nadie lo sabrá, al menos de su boca, por la cuenta que le trae.

—¿He de concluir entonces, que tus intenciones en el inmediato futuro, son las de continuar tus relaciones con él? —dijo Eulalia.

—Puedes concluir —sonrió Inés —, que esa es mi intención, pero desconozco la suya. No puedo saber qué es lo que habrá pensado él, lo que sentirá, lo que pueda querer.

Carlos Berganza había sido ordenado sacerdote hacía dos años.

Sus profesores del seminario y los posteriores de filosofía y teología, le auguraban una brillante carrera eclesiástica, lo que en su jerga se decía “uno con madera de obispo”.

De familia de hidalgos con fortuna, fue entregado a la iglesia de conformidad con la costumbre de hacerlo con el segundo hijo de la casa.

Cursó y finalizó sus estudios sin mayores problemas, y a sus veinticinco años pensaba él que la vida era hermosa, que todo, la vida, la muerte y el cielo estaban explicados, y para lo que no estuviere explicado, estaba la fe y las enseñanzas de teólogos y santos padres de la iglesia verdadera.

Pero nadie le había preparado convenientemente para algo como lo que acababa de ocurrirle. Sus preceptores, sí le habían dicho, que el diablo adoptaba en ocasiones la forma de mujer, para tentar y arrastrar al infierno a los más santos y capaces, sobre todo entre sacerdotes, pero siempre creyó que eran ardidés retóricos de los profesores y además, entre compañeros, habían bromeado con cierta frecuencia sobre ello, y había experimentado tentaciones sexuales, cayendo en ellas, masturbándose, pero eso se solucionaba con la confesión y la penitencia y hasta antes del encuentro con Inés, creía que tenía razonablemente controlados esos arrebatos, pero ella y su cuerpo palpitante bajo él y sobre una casulla de ordinario oficio sacramental, le habían demostrado lo equivocado que estaba.

Al contrario que Inés, Berganza no tenía confidente, no podía tenerlo en un negocio como el que ahora atormentaba su alma. Pues atormentado estaba, confuso e inerme.

Sus armas no valían, el arrepentimiento no se había presentado, estaba como loco de remordimientos, tenía mie-

do, desconocía qué iba a ocurrir y seguía pensando en aquella mujer.

No pudo sosegar en el resto de aquella tarde, se decía que era un pecador, que se confesaría, que limpiaría su alma, pero no hallaba el consuelo del arrepentimiento.

Además, se decía, no puedo confesarme, ¿con quién me voy a confesar?

Y encontró una fórmula de compromiso, al menos temporal. Se reclinó, ya de noche en un confesionario vacío y le dijo a Dios que le perdonara por haberle ofendido y que le perdonara por volver a verla, pues eso era lo que deseaba con toda su alma inmortal, volver a verla y amarla una vez más, aunque solo fuera una vez más. He hizo un pacto consigo mismo y rogó a dios su misericordia infinita.

Volvería a estar con Inés, si ella quería, y si se mostraba remisa a un segundo encuentro, inventaría algún ardid.

La manera en que se había entregado permitía esperar que habría más entregas, y él la enamoraría y la poseería como ella le había poseído a él, aunque, ciertamente, él no sabía lo que era enamorar, aunque había aprendido lo que era poseer.

A los cinco días del encuentro en la sacristía, se vieron en casa de Eulalia. Tuvo que esperar tanto, porque el sacerdote que se ocupaba de la novena a la Virgen de la Candelaria había caído enfermo y él tuvo que sustituirle en tal menester, y habiendo quedado libre de esa obligación, se presentó sin mayor pérdida de tiempo en casa de Eulalia, a una hora conveniente en la tarde, completamente trastornado y sediento de amor.

—¿Qué tal se encuentra padre? —le sonrió Eulalia franqueándole la entrada a su casa.

Eulalia había empleado su fórmula de cortesía sin segundas intenciones, pero Carlos enrojeció hasta en la coronilla que, por cierto, había hecho que le arreglaran esa misma mañana.